

encaminan á ella, pero no por eso son aquella misma gracia, ni nacen, ni se juntan siempre con ella. Como en la profecía se vé, que la puede haber en el que está en mal estado, el cual entonces está cierto de que Dios le habla, y no se sabe si le justifica; y de hecho no le justifica Dios entonces, aunque le habla, y enseña. Y esto se ha de advertir, quanto á toda la doctrina comun, que en lo que toca particularmente á la santa madre, posible es que despues que escribió las palabras que ahora yo referia, tuviese alguna propia revelacion, y certificacion de su gracia. Lo cual así como no es bien que se afirme por cierto, así no es justo que con pertinacia se niegue; porque fueron muy grandes los dones que Dios en ella puso, y las mercedes que le hizo en sus años postremos, á que aluden algunas cosas de las que en estos libros escribe. Mas de lo que en ella por ventura pasó por merced singular, nadie ha de hacer regla comun. Hoy con este advertimiento queda libre de tropiezo toda aquella escritura. Que segun yo juzgo, y espero será tan provechosa á las almas, quanto en las de Vuestras Reverencias, que se criaron, y se mantienen con ella, se vé. A quien suplico se acuerden siempre en sus santas oraciones de mi. En san Felipe de Madrid á 15 de setiembre de 1587.



LA VIDA DE LA SANTA MADRE

TERESA DE JESUS,

Y

ALGUNAS DE LAS MERCEDES QUE DIOS LE HIZO;

ESCRITAS

POR ELLA MISMA,

por mandado de su Confesor, á quien lo envia y dirige, y dice así:

QUISIERA YO, que como me han mandado, y dado larga licencia, para que escriba el modo de Oracion, y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran, para que muy por menudo, y con claridad dijera mis grandes pecados, y ruin vida. Dírame gran consuelo; mas no han querido, antes atádome mucho en este caso: y por esto pido por amor del Señor, tenga delante de los ojos, quien este discurso de mi vida leyere, que ha sido tan ruin, que no he hallado Santo, de los que se tornaron á Dios, con quien me consolar. Porque considero, que despues que el Señor los llamaba, no le tornaban á ofender: yo no solo tornaba á ser peor, sino que parece traia estudio á resistir las mercedes que su Majestad me hacía, como quien se veía obligar á servir mas, y entendia de sí, no podía pagar lo menos de lo que debía. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó. A quien con todo mi corazon suplico, me dé gracia, para que con toda claridad, y verdad yo haga esta relacion, que mis confesores me mandan (y aun el Señor, sé yo, lo quiere muchos dias ha, sino que yo no me he atrevido) y que sea para gloria, y alabanza suya, y para que de aquí adelante conociéndome ellos mejor, ayuden á mi flaqueza, para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, á quien siempre alaben todas las cosas. Amen.

CAPITULO PRIMERO.

En que trata, como comenzó el Señor á despertar esta alma en su niñez á cosas virtuosas, y la ayuda, que es para esto, serlo los padres.

1. El tener padres virtuosos, y temerosos de Dios, me bastára, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecia para ser buena.

Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y así los tenía de romance, para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora, y de algunos Santos, comenzó á despertarme de edad (á mi parecer) de seis, ó siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres, y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad: y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos: decía, que de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad; jamás nadie le oyó jurar, ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió, que diese ocasión á que ella hacia caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible, y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió: murió muy Cristianamente. Eramos tres hermanas, y nueve hermanos: todos parecieron á sus padres (por la bondad de Dios) en ser virtuosos, sino fui yo, aunque era la mas querida de mi padre; y antes que comenzase á ofender á Dios, parece tenía alguna razón: porque yo he lástima, cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuan mal me supe aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.

2. Tenía uno casi de mi edad, que era el que yo mas quería, aunque á todos tenía gran amor, y ellos á mí; juntámonos entrambos á leer vidas de santos: como veía los martirios, que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes, que leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano á tratar que medio habría para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen: y pareceme, que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres, nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos, que pena, y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando desto: y gustábamos de decir muchas veces, para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido, me quedase en esta niñez imprimido el camino de

la verdad. De que vi, que era imposible ir á donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas pedrecillas, que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver, como me daba Dios tan presto, lo que yo perdí por mi culpa. Hacia limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacia serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

3. Acuérdomme, que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos: como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuime á una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta Virgen soberana, en cuanto me he encomendado á ella, y en fin me ha tornado á sí. Fatígame ahora ver, y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. O Señor mio, pues parece teneis determinado que me salve, plega á vuestra Majestad sea así, y de hacerme tantas mercedes como me habeis hecho, no tuviérades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada, á dónde tan continuo habiades de morar? Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fué mia toda la culpa; porque no me parece os quedó á vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy á quejarme de mis padres, tampoco puedo; porque no veía en ellos sino todo bien, y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad, que comencé á entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado (que según decían eran muchas) cuando por ellas le había de dar gracias, de todas me comencé á ayudar para ofenderle, como ahora diré.

CAPITULO II.

Trata como fué perdiendo estas virtudes, y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas.

4. Paréceme que comencé á hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces, cuan mal lo hacen los padres, que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque con serlo tanto mi madre (como he dicho) de lo bueno no tomé tanto en llegando á uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era

aficionada á libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí; porque no perdía su labor, sino desenvolvíamos para leer en ellos: y por ventura lo hacia para no pensar en grandes trabajos que tenia, y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. Desto le pesaba tanto á mi padre, que se habia de tener aviso á que no lo viese. Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta, que en ella vi, me comenzó á enfriar los deseos, y comenzar á faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embecia, que si no tenia libro nuevo, no me parece tenia contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, y cabello, y olores, y todas las vanidades que en esto podia tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenia mala intencion, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecian á mí no eran ningun pecado muchos años: ahora veo cuan malo debia ser. Tenia primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado; y pluguiera á Dios que lo fuera destes tambien, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar á criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despierdan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo: andábamos siempre juntos, teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones, y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fué, mostrarse el alma á lo que fué causa de todo su mal. Si yo hubiera de aconsejar, dijera á los padres, que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes á lo peor, que á lo mejor.

2. Ansi me acaeció á mí, que tenia una hermana de mucha mas edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenia mucha, desta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta, que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la habia mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me habia de venir) y era tanta la ocasion que habia para entrar, que no habia podido. A esta que digo, me aficioné á tratar: con ella era mi conversacion, y pláticas; porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo que yo queria, y aun me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones, y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué

de edad de catorce años, y creo que mas (para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas) no me parece habia dejado á Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenia mayor de la honra. Este tuvo fuerza para no la perder del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podia mudar, ni habia amor de persona dél, que á esto me hiciese rendir. Ansi tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural, para no perder en lo que me parecia á mí está la honra del mundo; y no miraba que la perdía por otras muchas vias. En querer esta vanamente, tenia extremo; los medios que eran menester para guardarla, no ponía ninguno; solo para no perderme del todo, tenia gran miramiento. Mi padre, y hermana sentian mucho esta amistad; reprendíamela muchas veces; como no podían quitar la ocasion de entrar ella en casa, no les aprovechaban sus diligencias; porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer, en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querria escarmentasen en mí los padres, para mirar mucho en esto. Y es ansi, que de tal manera me mudó esta conversacion, que de natural, y alma virtuosos, no me dejó casi ninguno: y me parece me imprimia sus condiciones ella, y otra que tenia la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía: y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Despues quitado este temor del todo, quedóme solo el de la honra, que en todo lo que hacia, me traia atormentada. Con pensar que no se habia de saber, me atrevia á muchas cosas bien contra ella, y contra Dios.

3. Al principio dañaronme las cosas dichas, á lo que me parece, y no debia ser suya la culpa, sino mia; porque despues mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba, como á mí la aficion. Y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecia, sino á pasatiempos de buena conversacion; mas puesta en la ocasion, estaba en la mano el peligro, y ponía en él á mi padre, y hermanos; de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad, que del todo no me perdie: aunque no pudo ser tan secreto, que no hubiese harta quebra

de mi honra, y sospecha en mi padre. Porque no me parece habia tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron á un monasterio que habia en este lugar, á donde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo: y esto con tan gran disimulacion, que sola yo, y algun deudo lo supo; porque aguardaron á coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre me tenia, y la mucha disimulacion mia, que no habia creer tanto mal de mi, y ansi no quedó en desgracia conmigo. Como fué breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debia ser dicho con certinidad; porque como yo temia tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podia serlo, á quien todo lo ve. ¡O Dios mio, qué daño hace en el mundo tener esto en poco, y pensar que ha de haber cosa secreta, que sea contra vos! Tengo por cierto, que se escusarian grandes males, si entendiésemos, que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros á vos.

4. Los primeros ocho dias sentí mucho, y mas la sospecha que tuve se habia entendido la vanidad mia, que no de estar allí; porque ya yo andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendia, y procuraba confesarme con brevedad: traia un desasosiego, que en ocho dias, y aun creo en menos, estaba muy mas contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento á donde quiera que estuviese, y ansi era muy querida; y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad, y religion, y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera como me desasosegar con recaudos. Como no habia lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios á quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba su Majestad mirando, y remirando por donde me podia tornar á sí. Bendito seais vos, Señor, que tanto me habeis sufrido. Amen. Una cosa tenia, que parece me podia ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas; y es, que era el trato con quien por via de casamiento me parecia podia acabar en bien, é informada de con quien me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decian no iba contra Dios. Dormia una monja con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar á darme luz, como ahora diré.

CAPITULO III.

En que trata, cómo fué parte la buena compañía para tornar á despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor á darle alguna luz del engaño que habia traído.

1. Pues comenzando á gustar de la buena, y santa conversacion desta monja, holgábame de oirla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta, y santa. Esto á mi parecer en ningun tiempo dejé de holgarme de oirlo. Comenzóme á contar cómo ella habia venido á ser monja, por solo leer lo que dice el Evangelio: muchos son los llamados, y pocos los escogidos. Decíame el premio que daba el Señor á los que todo lo dejan por él. Comenzó esta buena compañía á desterrar las costumbres que habia hecho la mala, y á tornar á poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas, y á quitar algo la gran enemistad que tenia con ser monja, que se me habia puesto grandísima: y si veia alguna tener lágrimas cuando rezaba, ó otras virtudes, habiala mucha invidia; porque era tan recio mi corazon en este caso, que si leyera toda la Pasion, no llorara una lágrima: esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada: comencé á rezar muchas oraciones vocales, y á procurar con todas me encomendasen á Dios, que me diese el estado en que le habia de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que este no fuese Dios servido de dármele, aunque tambien temia el casarme. A cabo deste tiempo que estuve aquí, ya tenia mas amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas mas virtuosas, que despues entendí tenian, que me parecian extremos demasiados; y habia algunas de las mas mozas que me ayudaban en esto, que si todas fueran de un parecer mucho me aprovechará. Tambien tenia yo una grande amiga en otro monasterio, y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiese de ser, sino á donde ella estaba. Miraba mas el gusto de mi sensualidad, y vanidad, que lo bien que me estaba á mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venian algunas veces, y luego se quitaban, y no podia persuadirme á serlo.

2. En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba mas ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Dióme una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena lleváronme en casa de mi hermana, que residia en una aldea, para verla, que era extremo el amor que me tenia, y á su querer no saliera yo de con ella; y su marido tambien me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo, que aun esto debo mas al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servia como la que soy. Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado,

y de grandes virtudes, viudo, á quien tambien andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenia, y fué fraile, y acabó de suerte, que creo goza de Dios: quiso que me estuviese con él unos dias. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo mas ordinario de Dios, y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga dellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento á otros he tenido extremo, aunque á mí me hiciese pensar, tanto que en otras fuera virtud, y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discrecion. ¡O vala me Dios, por qué términos me andaba su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que sin quererlo yo me forzó á que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre. Amen. Aunque fueron los dias que estuve pocos, con la fuerza que hacian en mi corazon las palabras de Dios, así leídas, como oídas, y la buena compañía, vine á ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y como acababa en breve, y á temer, si me hubiera muerto, como me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse á ser monja, vi era el mejor y mas seguro estado, y así poco á poco me determiné á forzarme para tomarle.

3. En esta batalla estuve tres meses, forzándome á mí mesma con esta razon: que los trabajos, y pena de ser monja, no podia ser mayor que la del purgatorio, y que yo habia bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que despues me iria derecha al cielo, que este era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado, mas me parece me movia un temor servil, que amor. Poníame el demonio, que no podria sufrir los trabajos de la religion, por ser tan regalada. A esto me defendia con los trabajos que pasó Cristo, por que no era mucho yo pasase algunos por él; que él me ayudaria á llevarlos. Debía pensar (que esto postrero no me acuerdo) pasé hartas tentaciones estos dias. Habíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenia bien poca salud. Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros: leía en las Epístolas de San Hierónimo, que me animaban de suerte, que me determiné á decirlo á mi padre, que casi era como tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece, no tornára atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me queria, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas, que procuré le hablasen. Lo que mas se pudo acabar con él fué, que despues de sus dias haria lo que quisiese. Yo ya me temia á mí, y á mi flaqueza no tornase atrás, y así no me pareció me convenia esto, y procurélo por otra via, como ahora diré.

CAPITULO IV.

Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse á sí mesma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que su Majestad la comenzó á dar.

4. En estos dias que andaba con estas determinaciones, habia persuadido á un hermano mio á que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo; y concertamos entrambos de irnos un dia muy de mañana al monasterio á donde estaba aquella mi amiga, que era á la que yo tenia mucha afición: puesto que ya en esta postrera determinacion yo estaba de suerte, que á cualquiera que pensara servir mas á Dios, ó mi padre quisiera, fuera; que mas miraba ya el remedio de mi alma, que del descanso ningun caso hacia dél. Acuérdaseme á todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo será mas el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no habia amor de Dios, que quitase el amor del padre, y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastáran mis consideraciones para ir adelante: aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dió el Señor á entender, cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendia de mí, sino grandisima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenia mi alma en grandisima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la religion; y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solia ocupar en mi regalo, y gala: y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba, y no podia entender por donde venia. Cuando desto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo esperiencia en muchas, que si me ayudo al principio á determinarme á hacerlo (que siendo solo por Dios, hasta comenzarlo quiere, para que mas merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio, y mas sabroso se hace despues) aun en esta vida lo paga su Majestad por unas vias, que solo quien goza dello lo entiende. Esto tengo por esperiencia, como he dicho en muchas cosas harto graves; y así jamás aconsejaria, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que cuando una buena inspiracion acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo, sea bendito por siempre. Amen.

2. Bastára, ó sumo bien, y descanso mio, las mercedes que me habiades hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad, y grandeza á estado tan seguro, y á casa á donde habia muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar, para ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión, y la gran determinacion, y contento con que la hice, y el desposorio que hice con vos: esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habian de ser de sangre, y quebrárseme el corazon, y no era mucho sentimiento, para lo que despues os ofendí. Paréceme ahora, que tenia razon de no querer tan gran dignidad, pues tan mal habia de usar della: mas vos, Señor mio, quisistes casi veinte años que usé mal desta merced, ser el agraviado, porque yo fuese mejorada. No parece, Dios mio, sino que prometí no guardar cosa de lo que os habia prometido; aunque entonces no era esa mi intencion: mas veo tales mis obras despues, que no sé que intencion tenia, para que mas se vea quien vos sois, esposo mio, y quien soy yo. Que es verdad cierto, que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me dá, que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias. ¿En quién, Señor, puede así resplandecer como en mí, que tanto he escurecido con mis malas obras las grandes mercedes, que me comenzastes á hacer? ¡Ay de mí, Criador mio, que si quiero dar disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa sino yo! Porque si os pagára algo del amor que me comenzastes á mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí, ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia. La mudanza de la vida, y de los manjares me hizo daño á la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme á crecer los desmayos, y dióme un mal de corazon tan grandísimo, que ponía espanto á quien lo veía, y otros muchos males juntos; y así pasé el primer año con harta mala salud, aunque no me parece ofendí á Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme á un lugar á donde habia mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron haria la mia. Fué conmigo esta amiga, que he dicho, que tenia en casa, que era antigua. En la casa que era monja, no se prometía clausura. Estuve casi un año por allá, y los tres meses dél padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las pude sufrir; y en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto, como diré. Habia de comenzarse la cura en

el principio del verano, y yo fui en el principio del invierno: todo este tiempo estuve en casa de la hermana que he dicho, que estaba en el aldea, esperando el mes de abril, porque estaba cerca, y no andar yendo, y viniendo. Cuando iba me dió aquel tio mio (que tengo dicho, que estaba en el camino) un libro, llámase Tercer Abecedario, que trata de enseñar oracion de recogimiento; y puesto que este primer año habia leído buenos libros, que no quise mas usar de otros, porque ya entendia el daño que me habian hecho, no sabia cómo proceder en oracion, ni cómo recogerme, y así holguéme mucho con él, y determinéme á seguir aquel camino con todas mis fuerzas: y como ya el Señor me habia dado don de lágrimas, y gustaba de leer, comencé á tener ratos de soledad, y á confesarme á menudo, y comenzar aquel camino, teniendo aquel libro por maestro; porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busqué en veinte años despues desto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás; y aun para del todo perderme, porque todavía me ayudára á salir de las ocasiones que tuve para ofender á Dios.

3. Comenzóme su Majestad á hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin deste tiempo que estuve aquí, que eran casi nueve meses en esta soledad (aunque no tan libre de ofender á Dios, como el libro me decia, mas por esto pasaba yo; parecíame casi imposible tanta guarda, tenia la de no hacer pecado mortal, y pluguiera á Dios la tuviera siempre: de los veniales hacía poco caso, y esto fué lo que me destruyó) comenzó el Señor á regalarme tanto por este camino, que me hacia merced de darme oracion de quietud, y alguna vez llegaba á union, aunque yo no entendia que era lo uno, ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es, que duraba tan poco esto de union, que no sé si era Ave María; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía el mundo debajo de los piés, y así me acuerdo, que habia lástima á los que le seguian, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo mas que podia traer á Jesucristo nuestro bien, y Señor dentro de mi presente, y esta era mi manera de oracion. Si pensaba en algun paso, le representaba en lo interior, aunque lo mas gastaba en leer buenos libros, que era toda mi recreacion; porque no me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento, ni de aprovecharme con la imaginacion, que la tengo tan torpe, que aun para pensar, y representar en mí, como lo procuraba traer la humanidad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta via de no poder obrar con el entendimiento, llegan mas presto á la contemplacion, si perseveran, es muy

trabajoso, y penoso; porque si falta la ocupacion de la voluntad, y el haber en que se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo y ejercicio, y dá gran pena la soledad, y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos. A personas que tienen esta disposicion, les conviene mas pureza de conciencia, que á las que con el entendimiento pueden obrar; porque quien discurre en lo que es mundo, y en lo que debe á Dios, y en lo mucho que sufrió, y en lo poco que le sirve, y lo que dá á quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos, y de las ocasiones, y peligros; pero quien no se puede aprovechar desto, tiénele mayor, y conviéndole ocuparse mucho en leccion, pues de su parte no puede sacar ninguna. Es tan penosísima esta manera de proceder, que si el maestro que enseña, aprieta en que sin leccion (que ayuda mucho para recoger á quien desta manera procede, y le es necesario, aunque sea poco lo que lea, sino en lugar de la oracion mental que no puede tener) digo, que si sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oracion, que será imposible durar mucho en ella, y le hará daño á la salud si porfia, porque es muy penosa cosa.

4. Ahora me parece que proveyó el Señor, que yo no hallase quien me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar diez y ocho años que pasé este trabajo, y estas grandes sequedades, por no poder, como digo, discurrir. En todos estos, sino era acabando de cormulgar, jamás osaba comenzar á tener oracion sin un libro; que tanto temia mi alma estar sin él en oracion, como si con mucha gente fuera á pelear. Con este remedio, que era como una compañía, ó escudo en que habia de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada; porque la sequedad no era lo ordinario; mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luego desbaratada el alma, y los pensamientos perdidos, con esto los comenzaba á recoger, y como por halago llevaba el alma; y muchas veces en abriendo el libro, no era menester mas: otras leia poco, otras mucho, conforme á la merced que el Señor me hacia. Parecíame á mí en este principio que digo, que teniendo yo libros, y como tener soledad, que no habria peligro que me sacase de tanto bien; y creó con el favor de Dios fuera así, si tuviera maestro, ó persona que me avisara de huir las ocasiones en los principios, y me hiciera salir dellas, si entrara con brevedad. Y si el demonio me acometiera entonces descubiertamente, parecíame en ninguna manera tornara gravemente á pecar. Mas fué tan sutil, y yo tan ruín, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco, aunque muy mucho los dias que serví á Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como su Majestad me dió

Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios, y regaládome mi alma de ver su gran magnificencia, y misericordia; sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningun deseo bueno: por ruines, é imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mio las iba mejorando, y perficionando, y dando valor, y los males, y pecados luego los escondia. Aun en los ojos de quien los ha visto permite su Majestad se cieguen, y los quita de su memoria. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud, que el mismo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga. Quiero tornar á lo que me han mandado. Digo, que si hubiera de decir por menudo de la manera que el Señor se habia conmigo en estos principios, que fuera menester otro entendimiento que el mio, para saber encarecer lo que en este caso le debo, y mi gran ingratitud, y maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito, que tanto me ha sufrido. Amen.

CAPITULO V.

Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo, y la paciencia que el Señor le dió en ellas, y cómo saca de los males bienes, segun se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fué á curar.

4. Olvidéme decir, como el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, mas culpábanme sin tener culpa hartas veces: yo lo llevaba con harta pena, é imperfeccion, aunque con el gran contento que tenia de ser monja, todo lo pasaba. Como me veian procurar soledad, y me veian llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decian. Era aficionada á todas las cosas de religion, mas no á sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgabame de ser estimada: era curiosa en cuanto hacia; todo me parecia virtud: aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabia lo que era procurar mi contento, y así la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiéne no estar fundado el monasterio en mucha perfeccion: yo como ruín ibame á lo que veia falta, y dejaba lo bueno. Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad, y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre, que se le habian hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comia: murió presto dello. Yo veia á todas temer aquel mal: á mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedía á Dios, que dándomela así á mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece temia, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba á ganarlos. Y espantóme, porque aun no tenia á mi parecer amor de Dios, como despues que comencé á tener oracion me parecia á mí le he